

FABER, SEBASTIAAN. *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment, and Discipline*. New York: Palgrave Macmillan, 2008. 288 pages.

Este es un libro primordialmente sobre el orden de los discursos, la manera en que se construye su legitimidad y su autoridad, y cómo dialogan—y combaten—entre ellos. Su foco temático no es por tanto la guerra civil española, sino una parte de su correlato académico ancilar, la reacción al conflicto por parte del hispanismo en Gran Bretaña y Estados Unidos y su inclusión en la “guerra de interpretaciones” que comenzó ya en 1936 y aún continúa. Lo que nos demuestra que esta guerra, pese a que pareciera haber sido ya estudiada desde todos los frentes, está afortunadamente sujeta a continua revisión y discusión—a disgusto de algunos, dentro y fuera de la profesión—y es siempre abordable desde nuevas perspectivas. De esta manera, este libro ejemplifica precisamente aquello de lo que trata: la fascinación por la (paradójicamente) más internacional de las guerras del ya pasado siglo XX. En el caso que nos ocupa, Faber, conocido por sus estudios sobre la ideología de los intelectuales hispánicos, principalmente aquellos marcados por el exilio, aborda el estudio del impacto de la guerra civil sobre el hispanismo anglo-americano en una doble vertiente disciplinar y personal, a partir dos retratos-robot: el del hispanismo y el de los hispanistas, que ya de entrada no son la misma cosa, pues el segundo puede existir sin la academia, no así el primero. Dicho rápidamente, el hispanismo ha exhibido en líneas generales una ideología conservadora basada en una imagen tradicional de España, debió librar dura batalla en ambos países por constituirse como disciplina académica legítima y tomó nuevos impulsos cuando, en la década de los 30, se abrió con fuerza a Latinoamérica. La imagen del hispanista la construye Faber bajo tres prismas: la hispanofilia (curiosidad y amor por el país estudiado), la disciplina (académica, profesional, con el correspondiente—pero en el fondo supuesto—afán de rigor) y el compromiso (personal, vinculado a las propias creencias y valores). Cada uno de estos prismas es sobremanera ambiguo pues invoca la dualidad de ser referido al cultivo profesional o a la circunstancia vital. Y es aquí, en la irrupción de lo histórico como evento en la forma de una guerra civil, cuando se interrumpe la vida normal del hispanismo para jugarse en las carreras de los hispanistas, que por ser también hombres de su tiempo e intelectuales toman partido. El alzamiento del 36 y su desarrollo posterior constituye un test doble: para la disciplina y para sus integrantes. La mayor diferencia sería que el hispanismo norteamericano optó por la despolitización y un código de silencio, abogando porque sus integrantes no se significaran, mientras que en el hispanismo británico sus representantes hicieron sentir su voz, aunque de manera individual.

Con gran acierto, Faber complementa, contrapesa y ejemplifica su argumentación más histórico-teórica con cuatro semblanzas de hispanistas: dos norteamericanos y dos ingleses. A través de las biografías de Southworth, Rogers, Peers y Brenan, Faber consigue no sólo complejas viñetas, sino mostrarnos en cada caso la interrelación fluida y complicada entre los móviles vitales, las ideas y creencias, y la ubicación profesional dentro o fuera de la academia, y en relación con ella. Desde ahí irradian las tensiones.

Al leer estas vidas, en cierto sentido nos parecería encontrarnos frente a personas hechas “de otra pasta”. No puede evitarse sentir, muy soslayada, la melancolía no sólo por la inexistencia de acontecimientos que planteen el interrogante sobre la propia profesión y así la propia elección vital (en este caso por el hispanismo), y así de alguna manera la justifiquen, sino la constatación de la desaparición (o disolución) casi definitiva del intelectual comprometido vitalmente con aquello que es el “tema” de su profesión. La academia y aquellos que la ocupan hoy en día más y más separan las categorías que para Faber son indisociables en aquellos hispanistas “heroicos” de los años 30, y que de alguna manera, especialmente en el caso de los dos estudiosos fuera de la academia (Southworth y Brenan) les permitieron validarse dentro del campo profesional. Ninguno de los dos hubiera llegado a ser lo que fueron si no hubieran puesto en juego el *alcaloide* de su compromiso y su ideología (y no la del hispanismo). Por esta misma razón, unida a la particular historia de constitución del hispanismo, Faber tiene buen cuidado en plantear la contraposición entre discursos también como un debate sobre una de las idiosincrasias de la constitución histórica de la disciplina: la cantidad e importancia de estudiosos amateurs y su contribución junto/frente al trabajo de académicos profesionales.

Como ya se dijo, los tres factores claves para Faber son la hispanofilia, los imperativos de disciplina académica y el particular compromiso de los autores. Junto a eso, el hispanismo anglosajón muestra en líneas generales una tendencia conservadora y en algunos casos reaccionaria. ¿Será que en no pocas ocasiones el hispanista extranjero ha querido encontrar en España una confirmación de aquello que aprendió primero en los libros, y que le ha dibujado una muy particular imagen de la península? Lo distintivo es que en los cuatro hispanistas biografiados su amor por lo hispánico tiene que ponerse a prueba ante la España real ensangrentada . . . Y que por tanto las decisiones que toman—y el lado en el que deciden ponerse—no es una decisión dejada a la sanción de la historia, sino real y presente. Ahí radicaría la importancia del conflicto para el hispanismo anglosajón. En que le obliga a problematizar la burbuja académica por la vía directa, y por tanto a poner en juego—y quizá en algún caso en entredicho—las concepciones sobre lo español, sobre España y sobre la disciplina y su autoridad.

El estudio de Faber tiene la virtud añadida de suscitar una reflexión

que nos concierne a todos: el grado en que estamos acostumbrados a una academia despolitizada, por disciplinariedad, conveniencia o porque hemos aceptado la inferencia no demostrada de que rigor y especialización y compromiso o significación política son incompatibles o, por lo menos, extraños compañeros de viaje. Una argumentación que, a la par que reaccionaria en sí misma, Faber en su estudio muestra que ha sido en no pocas ocasiones utilizada como arma arrojadiza y que de hecho en distintas versiones ha afectado al desarrollo del hispanismo en el siglo XX. La significación política puede poner en peligro para el investigador su *modus vivendi* que hace posible la especialización, y la institucionalización: es decir, los principios mismos que la academia reclama como precondiciones para la legitimidad y autoridad dentro de la *disciplina*.

—JUAN HERRERO-SENÉS, *University of Colorado Boulder*